

## NACIMIENTO



**H**AN pasado nueve meses justos desde aquella noche milagrosa; la noche electrizada.

Hay gran movimiento en la casona de Diego Laínez. Teresa Alvarez siente los primeros dolores del parto y todo se prepara en la casa para recibir al que ha de nacer.

Someros eran en aquel tiempo los preparativos del parto. Sin médico graduado en Alemania, sin ruido de instrumentos dentro del maletín, sin cloroformo. Sólo la vieja comadrona y su experiencia secular, milenaria. No se concibe nada con más experiencia que una comadrona: la auscultadora de todos los sexos, la que ha tenido entre sus manos tantas y tantas masas informes de vida, nudos de futuro.

El solar adusto y frío del heredero de Laín Calvo ha cambiado de aspecto. Las piedras están llenas de esperanzas, de duras esperanzas. Hay un calor especial, un calor de ternura y cuerpos anhelantes, esa inquietud sonriente que se esparce en las casas donde va a nacer un niño.

Movimiento sin ruido de la casa del parto.

Silencios de la espera. Silencio solemne, porque siem-

## V. HUIDOBRO

pre se aguarda algo grande, algo nuevo, algo nunca visto, el fenómeno insospechado, acaso el monstruo, el niño que va a salir del vientre de la madre maldiciendo la vida con una palabra grosera.

Un olor a hierbas cocidas inunda la casa, un olor a secretos de comadrona macerados en aceite de oliva.

Los muros blancos pintados de cal se llenan de oídos y en la gran sala de la entrada, donde aguardan los allegados y parientes, las cabezas de lobos, de jabalíes y de osos clavadas en las vigas, parecen esperar que alguno haga ruidos molestos para saltarle encima a dente-lladas.

Las voces andan con pies de seda. Sólo la parturienta tiene derecho a gritar y a quejarse. Pero Teresa Alvarez no se queja y no grita.

—¿Qué hay?—preguntan algunos a la sirvienta que sale con un jarro por agua.

—Nada aún. Paciencia. Parece que el crío es muy grandote.

La madre en su cama entre los linos blancos, es el centro del universo en el centro mismo de España. Diego Láñez se pasea con pasos de soldado paternal, con ojos de héroe infantil, rebosante de culpa y de paternidad.

Sentada como bestia acechando, la comadrona aguarda junto al lecho. Sus manos se pierden bajo las ropas y palpa, palpa, palpa.

—Pronto... Un poco de paciencia aún, ya viene.

Teresa Alvarez no se queja, se retuerce apenas, empieza a morderse los labios, apretando los ojos. De repente exclama:

—¿Qué haces, muchacho, que no vienes? Ea... ya. Date prisa, grandón.

Afuera el crepúsculo tiñe el cielo de sangre materna.

**Rojo, violeta, rojo. La tarde muere como un obispo. Algunas nubes demasiado cargadas pueden apenas alejarse.**

**Los pájaros pasan sin ruido, sin ruido descienden los ganados. Castilla se unta de silencio, adivinando.**

**—Ya, niño, ¿qué esperas?—Y la mujer se retuerce valerosamente.**

**España entera siente los dolores de aquel parto. Toda la península se retuerce como un cuerpo, se constriñe como un vientre, puja en un vaivén de ola para ayudar el alumbramiento de la criatura.**

**—Vamos. Ya. Ya.**

**Como si hubiera oído la voz imperiosa de la madre, el niño se revuelve en las entrañas, busca una posición estratégica (¡ya estratégica!) para presentarse a la vida, para afrontar el medio.**

**El sexo se agranda. España tiembla, un sordo rumor recorre bajo su piel: Piel de España. Remueve sus profundidades. El sexo se dilata. España se incorpora. No vuela una mosca en toda la península. El sexo se hace enorme y asoma una cabeza. Ya. ¡Al fin!... Ya. Ya. Y salta sobre la Historia un niño regordete precipitado y palpitante como un pez.**

**España respira, entreabre los ojos con lágrimas e inquietudes y pregunta:**

**—¿Hombre o mujer?**

**—Hombre.**

**—Diego... te amo. ¡Qué descanso!**

**Y el niño que ha caído sobre la Historia, no llora, grita, berrea. La madre sonríe al oírle gritar y vuelve a entornar los ojos fatigada, fatigada como si hubiera dado a luz el Olimpo.**

**Diego Laínez contempla su vástago, trata de adivi-**

## V. HUIDOBRO

nar en él la braveza futura, los músculos, los buenos pies para las marchas, la fuerte mano para el caballo.

Quisiera reconcentrar en él toda su línea de antepasados. Recorre los nombres de su leyenda y se agranda, se agranda hasta topar el techo con las espaldas.

El niño berrea y se agita.

De gran familia, de raza brava, cayó sobre el mundo, desprendido de un árbol genealógico ilustre, como un fruto maduro, a punto. Como un fruto en el cual se hubieran concentrado todas las cualidades de los otros frutos y para formar el cual se hubieran estado seleccionando generaciones y generaciones de buenos frutos.

El fruto supremo, el excelso fruto.

—Le pondremos Rodrigo, como mi padre—dice Teresa Alvarez.

—No, Rodrigo, no. No olvides que un Rodrigo perdió a España—responde Diego Laínez.

—Al contrario, por eso mismo le pondremos Rodrigo. ¿Quién te dice que Dios no quiere que otro Rodrigo la salve? A Dios le gustan las frases.

\* \* \*

Rodrigo, Rodrigo. Nació Rodrigo, va diciendo el viento, y la noticia se comunica de árbol en árbol, de estrella en estrella.

Nació Rodrigo, dicen los terrones de los caminos iberos. Nació Rodrigo.

Las nubes se agolpan en el cielo a cuál lo ve antes, las nubes negras rellenas de corrientes eléctricas. Se acerca la tempestad, la tempestad necesaria a todos los grandes acontecimientos.

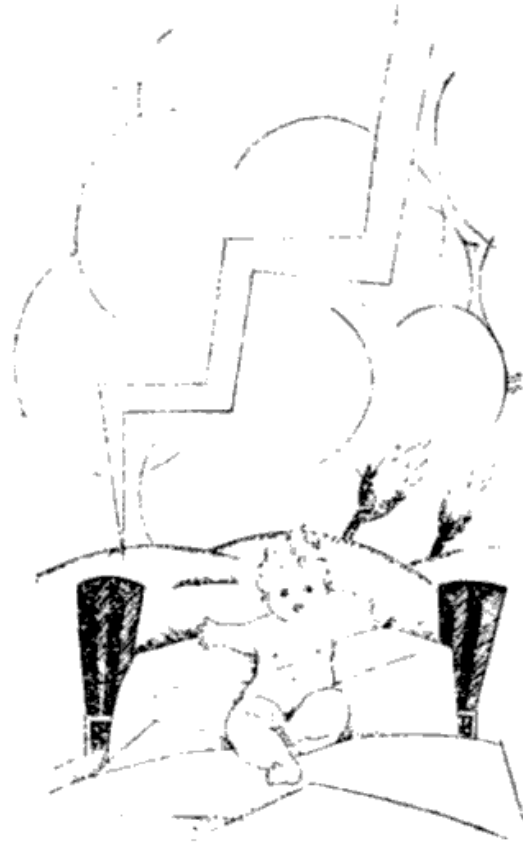
Caen del cielo hojas, hojas que son bendiciones de

todos los árboles de España, que son misivas de alegría, cartas de felicitación.

Nació Rodrigo y todo se convierte en recién nacido, todo sigue el ritmo vital del cuerpo rosadote y gordinflón.

España tiene la edad de Rodrigo. España abre los ojos. España empieza a mamar en el seno de Teresa Alvarez, España grita y patalea para que le den agua de azahar para el flato.

Las miradas de todo un pueblo, todas las voluntades, las angustias, los anhelos, llegan canalizados hacia aquella cuna. Todo desemboca en ella como en un crisol y luego anhelos, angustias, voluntades, hierven y cantan en ella de tal modo, que la cuna crece, crece, se hace enorme. La cuna de Rodrigo limita al norte con los Pirineos, al sur con las columnas de Hércules, al oeste con el Mediterráneo, al este con las orillas Lusitanas y el Atlántico.



Y él es Pirineo y es Hércules y es mar. Es hecho de montañas y de olas. Es fuerte y tempestuoso.

Tendido sobre la cuna, el niño berrea y se agita.

La comadrona se acerca a envolverlo en pañales. Indignación del niño. Rodrigo protesta, patalea, agita las manos. Como el condenado a muerte que rechaza la

## V. HUIDOBRO

venda que van a ponerle en los ojos, Rodrigo, condenado a la vida, rechaza la venda con que quieren envolverle las piernas.

No. No. No, parece decir. Y en medio de su agitación, en un movimiento brusco, se cae de la cuna. Todos se precipitan espantados sobre el cuerpecito que yace en el suelo como aturdido, y entonces Rodrigo, cogido en los brazos de su padre, estalla a llorar inconsolablemente.

En el mismo instante una tempestad inmensa remueve el firmamento, hace retemblar el aire, rompe todos los vidrios del cielo, y un relámpago cegador cruza el espacio escribiendo en las alturas con grandes caracteres de afiche:

CAM

P

E

A

DOR.